

Confesiones de Benito Souza,
vendedor de muñecas y otros relatos

Javier García-Galiano

Breve Apunte Berlínés

Una postal

Para Salvador Elizondo

Alexander Knoblauch odiaba el ajo, lo impacientaban los músicos callejeros y nunca había recibido una carta. A pesar de su aspecto miserable, menos de solitario rencoroso que de abandono, no era un desempleado. Trabajaba como obrero en una fábrica de organillos en la Shoenhauser Allee 75, la Fratti & Cia, que, se decía, exportaba sus instrumentos musicales a América y lugares aún más lejanos como México. Eso a Knoblauch no le importaba; cumplía cotidianamente su jornada con un cansancio rayano en la indiferencia. No sólo no sabía afinar esa ruidosa maquinaria, ni siquiera conocía su funcionamiento; y tampoco le importaba.

Camino a su trabajo, solía sorprenderlo la silenciosa luz azulada del amanecer en las calles nocturnas aledañas a Alexanderplatz, medio llenas de ladrones con voz de eco, cantantes de ópera desempleados y borrachos, dispuestos a rebajar sus servicios en cualquier cabaret, y las mujeres prostibularias que no siempre fumaban, y a las cuales Knoblauch no se atrevía a ver sino de reojo, furtivamente y apenado.

Knoblauch no había ido a la guerra y se avergonzaba de su indiscreta cojera congénita cuando lo insultaban, culpándolo de la derrota. Entonces, el pudor lo hacía sentirse como un impostor involuntario, obligado a dar una tímida explicación en voz baja, que nadie oía y que no despertaba compasión, sino un odio repentino y efímero, que casi era mal humor.

Fuera de la fábrica, pasaba sus días en la calle, preferentemente en las avenidas concurridas como Unter den Linden, Kufürstendamm o Potsdamer Platz.

Siempre cansado, caminando apenas, con las manos en los bolsillos del abrigo para no ser confundido con un mendigo, la gorra puesta y una mirada incapaz de melancolía o tristeza, la cual seguía distraídamente el perfume oloroso de los distintos maquillajes acompañados de pieles y tacones altos. En invierno, a veces se detenía frente a las jaulas estacionadas de los tigres, pertenecientes a los circos ambulantes impedidos de funciones por el clima, cuyos payasos y trapecistas pedían dinero arrastrando con una cuerda caballos inmovilizados por el frío.

Aunque solía demorarse frente a su fachada, Alexander Knoblauch nunca entró al zoológico ni al acuario, y nunca supo que no conocía a los elefantes. Tampoco sabía que el niño que lo insultó una tarde en Tiergarten, aconsejado por su nana, era el hijo del cónsul mexicano. Pero no le importaba. Knoblauch no entendía cabalmente los insultos, los cría palabras que denotaban una grosera confianza, coloquialismos que también se regalaban nazis y comunistas antes de esas peleas incomprensibles en las plazas públicas, las cuales habitualmente perdía la policía. Tampoco entendía esos carteles de propaganda arrancados a veces por el viento y normalmente por partidarios de cualquier grupo enemigo, y trataban de competir en interés con los programas de ópera y teatro o los más atractivos de cabaret.

Alexander Knoblauch nunca había visto un cadáver y no tenía secretos. Tan solo repetía historias oídas casualmente acerca de espías desempleados que dedicaban su tiempo a pasearse acechantes en las cubiertas de los barcos en altamar. No odiaba el Tratado de Versalles por creerlo un odio propio de lectores de periódico, y nunca había leído ninguno. Jamás supo de noticias. Si antes de la guerra, cuando hubiera podido cultivar algún anhelo, se enteró del hundimiento del Titanic, fue por una conversación ajena en un comedor obrero. Quizás ahí escuchó también aquellas historias, que alimentaban sus días, referentes a tantos alemanes en busca de fortuna, que gozaban del sol en lugares de nombres sugerentemente extraños como Brasil o Paraguay y cuya localización no hubiera podido precisar.

Sabía, sin embargo, porque lo habían oído entre el ruido de platos y cubiertos y el apresuramiento con olor a col, que ahí se podía vivir de extraer el veneno a víboras y alacranes, cuya sola mención atraía la mala suerte, a la cual ya no temía.

La noche y los tranvías le despertaban cierto desasosiego que no llegaba a miedo. Entonces se refugiaba en su remendo de casa: un cuartucho húmedo con una pequeña ventana por la que se colaba el frío, pero insuficiente para disipar los olores largamente acendrados. Una cama vieja, una estufa y quizás una taza de metal para el café, hacían insuficiente el espacio. Ahí pudo haber imaginado el sonido de la radio en una casa vecina o el timbre de una curiosidad llamada teléfono, que no sabía para qué servía.

Quizá porque sus días eran siempre iguales, no tenía memoria. Y no hubiera podido reconocer a los nobles esclavos que vagaban por las calles como él, pero con una discreta dignidad no sólo en el bigote rojizo, sino también en la mirada y el andar, y hasta en las ropas raídas, en cuyos remiendos escondían las joyas destinadas a la sucia observación del agiotista, más ávida que minuciosa.

Alexander Knoblauch hubiera querido un confidente efímero, en alguna noche de borrachera, para confesarle que admiraba a esos oficiales menores que presumían desdeñosamente de su uniforme impecable, con el que se ganaban las risas destempladas de las criadas, siempre dispuestas a enamorarse con peligrosa inocencia. Knoblauch no sabía de juegos de cartas ni de apuestas, aunque se afirmaba que esos subalternos presuntuosos causaban peleas no exentas de cuchilladas y balazos no pocas veces mortales, que a diferencia de las disputas entre nazis y comunistas, se practicaban en lugares secretos, como un cuarto de hotel barato o la trastienda de una taberna. A veces, se jugaban mujeres.

Quizá la única idea que articuló Knoblauch en su historia fue la convicción de que la vida no era sino el proceso de putrefacción de uno mismo. Así lo demostraba, más que la pérdida del pelo, la caída irreparable de los dientes.

Un solo hecho decisivo marcaría el destino de Alexander Knoblauch, quien nunca se compadeció a las viudas que la guerra dejó como un legado excesivo y que se apresuraban quejosamente en mercados y panaderías. Sin embargo, Knoblauch nunca se percataría de ese hecho. Pudo haber sucedido después de contemplar detenidamente los sugestivos aparadores del KaDeWe o mientras vigilaba el paso sereno de los autobuses de dos pisos, cuando esa mujer extranjera lo miró un instante a través de ese aparato desconocido para él. Mucho tiempo después de la muerte de ambos, esa foto no solo aparecía en libros de historia, sino que sería vendida como postal en distintas ciudades del mundo a 50 pfennig.

EL ASESINO DEL CONDE DE LA HIGUERA

En muchos mapas, reales e imaginarios, he buscado el Condado de la Higuera. Por una omisión de los cartógrafos, no he podido encontrarlo. Algunos historiadores lo ubican en el norte de Galicia, cerca de la Torre de Breogan, desde la cual, los días claros, puede verse la costa de Irlanda. No pocos viajeros, William Beckford entre ellos, lo mencionan en los relatos de sus recorridos por el norte de Portugal. Muchos se refieren al Conde de La Higuera como uno de los caballeros fieles al Rey Sebastián, aunque hay quien le atribuye servicios oscuros a la Corona española.

El Conde ignoraba que su mujer estaba embarazada (ella tampoco lo sabía), la noche que se internó en el bosque durante una misión secreta que no ha podido precisarse. No falta el que cree que se dirigía a consumir su traición al Rey de Portugal. Las mujeres prefieren imaginar una historia furtiva de amor.

Un poema apócrifo de Luis de Camoens elogia la destreza del Conde con la espada. Aquella noche, su célebre habilidad guerrera fue insuficiente. No se descarta la posibilidad de una conjura, pero pudieron ser simples bandoleros. El que lo mató lo hizo por la espalda. En la oscuridad del bosque, el Conde quizá no vio el rostro de su asesino y apenas tuvo tiempo para un golpe agónico de espada, con el que le cerceno la mano, sin lograr detener la imprescindible huida.

La noticia del asesinato pasó de acontecimiento a anécdota. La búsqueda del asesino se fundó en la sospecha de los mancos y pronto se consideró inútil. Como ha sucedido tantas veces, la viuda enloqueció y recorrió caminos y ciudades obsesionada con un hombre sin mano. No la animaba la venganza sino la justicia. Parió en un establo sin que nadie la asistiera. Tuvo un niño fuerte que lloraba con extraña serenidad. Fue a bañarlo, aunque pudo ser al arrullarlo, cuando la viuda del

Conde de La Higuera, a la que llamaba Condesa, descubrió que a su hijo le faltaba la mano izquierda.

INDISCRECIONES DEL TABERNERO

La mañana suele ser larga. Una quietud desoladora se impone en la taberna y nada pasa, sólo los crímenes del periódico de ayer, que nadie ha comentado.

No me interesan el futbol, el box o los caballos, pero leo los resultados con indiferencia: también las conjeturas acerca de los próximos juegos y los pronósticos de las carreras. No apuesto y he visto demasiadas peleas, incluso algún muerto, como para que me parezcan entretenidas. Simplemente espero, casi vigilante, a los bebedores o a que pase la mañana sin que nada ocurra, ni siquiera la lluvia.

En las tabernas suceden muchas cosas, sobre todo conversaciones, y el silencio falsamente introspectivo de los bebedores solitarios. También la paciencia fingida de quienes esperan, que beben a pequeños sorbos y con harta frecuencia recurren al tabaco, el cual lentamente se vuelve una presencia no sólo en el humo, que también proviene oloroso de la cocina, sino en las pausas al hablar o en la búsqueda forzosa de pensamientos; en las maneras que también delatan a los aprendices; en los ceniceros, las colillas y los cerillos, y en las marcas que las quemaduras a veces dejan en la mesa y en la barra, sobre la cual cae también la espuma de la cerveza.

Muchos buscan ávidamente una conversación con algún comentario dicho al aire, que nunca contesto.

No pocos insisten con preguntas, cuya respuesta nunca interesa, pero que cazan en pos de una réplica cualquiera, del principio de un diálogo insignificante, que los haga sentirse parte de un orden efímero. Para ellos, pedir un nuevo trago representa igualmente la dicha de poder decir algo necesario, lo cual permite el añadido de un supuesto chiste, que sólo ellos festejan. Ya animados por el alcohol, que a la postre tiene la virtud de impedirles el habla, algunos levantan acusando su miseria y se detienen frente a una mesa, intimidando a quienes departen en ella, al

ÍNDICE

Breve apunte berlinés

El asesino del Conde de la Higuera

Indiscreciones del tabernero

Confesiones de Benito Souza, vendedor de muñecas

Apuntes de Sean Aloysious O'fearna, fusilero del batallón de san patricio

Diario de navegación de Richardson Smith

Un cuento policiaco, originalmente escrito en alemán, cuyo título es más largo que el cuento mismo

Un relato mineralógico

Un vigilante del orden

El último penalty

Historia de la culpabilidad de Jorge Gallardo